

Las siete vidas del “rabogato”

En el mundo popular, al gato se le suelen atribuir siete vidas, que algunos relacionan con las connotaciones simbólicas que en las culturas hispanoamericanas tiene el número siete (siete días de la semana, siete pecados capitales, siete maravillas del mundo, etc.). Otros, más racionales, lo atribuyen a la extremada agilidad que tienen los gatos para caer siempre de pie desde alturas elevadas, salvando dificultades casi milagrosas.

Bien, pues no sólo por el rabo, las espigas del “plumero o plumachillo” (*Pennisetum setaceum* = *Cenchrus setaceus*) recuerdan a la cola o rabo del gato, que le otorgan su nombre vernáculo más popular: “rabogato”. Esta planta, como los gatos, tiene especial capacidad para superar situaciones difíciles y propagarse como una plaga o epidemia vegetal.



Rabogato

Oriunda de las zonas esteparias del este de África (Etiopía, Kenia, Somalia, Tanzania, etc.), en la actualidad está ampliamente distribuida por el mundo, habiéndose extendido de forma natural o promovida por la especie humana, que aprecia sus cualidades estéticas y la cultiva como ornamental.

Su presencia en Canarias está registrada desde los años cuarenta del pasado siglo para las islas de Gran Canaria y Tenerife, donde ocupa amplias extensiones de la zona baja y medianías insulares, no sólo en terrenos antropizados, sino también en espacios naturales protegidos de gran valor florístico y ecológico, como son los macizos de Guayedra, Güiguí, Anaga o Teno. Más reciente es su expansión en el resto de las islas donde existen registros de su presencia desde las últimas décadas del pasado siglo. A título de curiosidad, para comprender la gran capacidad de dispersión de la especie y su rápida difusión en el archipiélago cabe señalar que la planta fue considerada como una novedad florística para las islas en 1966, descubierta por el botánico noruego Per Sunding para el entorno de Agaete (Gran Canaria). Poco después, Kunkel recoge una cita de Lid (1967) para las inmediaciones del Puerto de la Cruz (Tenerife).

Su llegada a la isla de La Palma no está del todo clara, pero su presencia está registrada (Santos, 1983) desde principio de los años ochenta del siglo pasado. Se ha relacionado su llegada a la isla con la construcción del aeropuerto en el litoral de Mazo y también con el movimiento de maquinaria pesada proveniente de otras islas, aparcadas en un solar en torno a la ermita de Loderó. Sea como fuere, la realidad demuestra que su expansión, tras llegar a la isla fue rápida y desde el principio denunciada la amenaza que suponía tanto para la flora autóctona como para los territorios agrícolas de medianías. No se trataba de una denuncia bucólica de biólogos románticos y ecologistas alarmistas, que temían por cambios pintorescos del paisaje. También se advirtió a las autoridades locales e insulares con competencia en medioambiente que la amenaza era seria y con consecuencias agrarias y de seguridad graves para la población, como ya se ha tenido la oportunidad de comprobar en materia de control de incendios.

Como suele ser habitual en estos casos, el problema no fue afrontado con la debida diligencia hasta que el impacto paisajístico comenzó a ser preocupante en el entorno de las dos comarcas más pobladas de la isla. A finales de la década de los noventa, alarmada por la expansión

de la planta y la posibilidad de disponer de fondos europeos, la Consejería de Medio Ambiente del Cabildo Insular puso en marcha un ambicioso plan de control y erradicación a escala insular, durante el bienio septiembre de 1997-febrero de 1999. Justo es reconocer la voluntad política y el esfuerzo económico realizado durante ese periodo, cuyos resultados fueron publicados en un libro editado por la Corporación insular (Pérez de Paz et al., en 1999), difundido a escala mundial y tomado como referente de actuación frente a especies invasoras en otros lugares nacionales o extranjeros. En las conclusiones se resume el éxito de la actuación y se advertía de la imperiosa necesidad de dar continuidad a la misma, mediante una labor de vigilancia y control permanente. Como ocurre en las pandemias virales, no basta con tratarlas o vacunarse una vez, hay que dar continuidad al tratamiento. Algo parecido sucede con las plagas de ratones, cuyo control (que no erradicación) exige continuidad.

Ya fuera por convicciones políticas o limitaciones económicas, los hechos demuestran que no se cumplieron las advertencias técnicas, que insistían en que el problema no estaba resuelto y que más pronto que tarde el grácil “rabogato” volvería a las andadas, puesto que en el territorio persistía el banco de semillas cuya vitalidad se sabía supera los diez años de media.

No es este el lugar ni disponemos de espacio para valorar si fue acertada o no la decisión. La realidad es más evidente que todo lo que podamos escribir aquí. A pesar del loable esfuerzo realizado, el resultado ha sido vano. Contra la naturaleza es estéril luchar y sólo se le gana la partida cuando se aceptan y respetan sus reglas.

Soy de los que piensan que el problema no se atendió cuando se debía, a pesar de las voces que anunciaron del peligro que suponía. Ahora ya hay muy poco que hacer y dudo mucho de la eficacia de las actuaciones voluntaristas locales. El abandono que padece el mundo rural tampoco ayuda y exige cambios políticos y sociales de calado muy hondo, que no son ajenos a la expansión del rabogato y de otras muchas especies invasoras mejor o peor aceptadas, como los hinojos, cerrillos, helecheras o jediondos, tuneras, piteras, etc.

Nuestro respeto para quienes piensan lo contrario y se empeñan en actuaciones locales con mayor o menor éxito. Sinceramente ya no sé si lo hacen por convicción técnica, por necesidad vital o por divertimento social, subvencionado por quienes pretenden los votos de las bondadosas cuadrillas, altruistas o contratadas, que luchan contra la dañina gramínea africana.

Para desdramatizar el tema, permitan que concluya con una décima de Jócamo:

Cuando el rabogato veo
por las montañas subir
ya no sé lo que decir
para evitar el jaleo.
Simplemente es mi deseo
expresar con claridad
mi visión sin terquedad
por estimar tontería
entablar una porfía
sin ver la realidad.

Pedro Luis Pérez de Paz
Catedrático de Botánica
www.pedroluisperezdepaz.es